

mos bellezas que encantan, y esas felices inspiraciones que la imaginacion produce en el calor del discurso, verdaderos arrebatos del genio que demuestran la íntima conviccion del alma, el celo del orador que arrebató el auditorio, le tiene pendiente de sus labios, é insinuándose y posesionándose del corazón le maneja á su modo, le suspende, le cautiva y le domina, haciéndole servir á sus fines, inclinándole á su objeto y siempre sacando el fruto que se proponen, el odio al vicio y el amor á la virtud, el triunfo de la verdad y la ruina del error. Sus descripciones son animadas, vivas, patéticas. Aquí describen el orador cristiano con unos adornos admirables, con una fuerza de verdad sorprendente <sup>1</sup>. Allí usan de figuras y las manejan con provecho del auditorio; su lenguaje es enérgico, sus comparaciones son bien traídas; así es, que comparan al predicador evangélico con el profeta Elías, y en este paralelo brilla un fondo de ingenio que admira, una fuerza de talento que sorprende <sup>2</sup>. Unen de este modo y en todas sus figuras, un hecho ó una parábola de la Escritura, y en su esplanacion revelan una erudicion poco comun. Ellos, en lugar de desflorar los símiles y pasar adelante, no pierden de vista el auditorio á quien dirigen la palabra, y á esta consideracion

<sup>1</sup> Sermones S. Antonii. París, 1641, p. 105.

<sup>2</sup> Id. p. 335 y 336. Id. p. 261.

sacrifican los preceptos del arte, se detienen allí, se complacen en la esplanacion como conviene á los que hablan al pueblo, cuyo corazón no llega á afectarse sino por imágenes. Su austera virtud con nadie transige, á todos dirige reprensiones sin mirar estados ni categorías, sin atender á su condicion social; su objeto es reprender y anatematizar el vicio, y le reprenden y anatematizan, ora le hallen en la cabaña del pastor, ora en el dorado alcázar de los reyes, ya esté encubierto con la estola del sacerdote, ya bajo el casco del guerrero, á todas partes llegan; pero si son enérgicos, tambien compasivos; y si descubren las llagas y las cauterizan con la impassibilidad del médico, no por eso olvidan la caridad del sacerdote <sup>1</sup>. Ejemplos de esta clase vemos en los religiosos dominicos y franciscos, y tantos que seria una tarea larga y molesta reseñarlos, pero prueban que fueron los amigos del hombre, los reformadores de la sociedad, los enemigos de los abusos y de la tiranía, los defensores del pobre y del oprimido, los paladines de la virtud, el azote del vicio, el martillo del error y de las herejías, á las que declararon una guerra sin tregua. Véanse si no las vidas de estos hombres admirables, sus trabajos, sus discursos; nosotros hemos tomado las citas de los de S. An-

<sup>1</sup> Sermones S. Antonii. París, 1641, p. 328, 329, 335, 341. Y véase la vida é historia de S. Francisco escrita por Chanvin.

tonio de Padua, y lo hemos hecho así porque supo adquirirse gran celebridad, y hoy apenas habrá quien no le sea devoto, quien no conozca y aprecie sus virtudes.

Este es aquel S. Antonio, vástago de ilustre familia, que abandonó el esplendor de la corte por el claustro del gran Agustino y la austeridad de éste por la pobreza del humilde Francisco. Este es aquel hombre prodigioso que dominó en su época: y entre tantas estrellas, verdadero sol absorbía y eclipsaba las demás. Este es el hombre de los milagros á quien las aves y los peces se complacen en oír, á quien tiemblan los herejes y cuya presencia no pueden soportar los tiranos. Este es el vencedor de Bonivillo, orgulloso gefe de los sacramentarios. Este es el asombro de Ezelino, el que protesta contra su tiranía y anatematiza sus vicios en nombre de la religion y de la humanidad. Este tirano formidable que habia llenado de espanto á Italia y tenia todo el mundo escandalizado, palidecia delante de Antonio y confesaba que temia más á los frailes menores que á todo el mundo <sup>1</sup>. Este es aquel Antonio que con admirable entereza acusó ante el pontífice al mismo general de la órden por su falta de observancia á la regla. Este es, en fin, aquel amigo del pueblo, cuya muerte fué generalmente sentida, y

<sup>1</sup> Rolandinus, p. 279.

cuando se supo todos lloraban cual si hubieran perdido un padre, y los niños gritaban por los calles: *¡S. Antonio ha muerto!* y S. Buenaventura, al exhumar su cuerpo, halló incorrupta su lengua, y Padua le designa con el nombre del *Santo*, y aquella ciudad que fué su tumba nada ha perdonado, y los primeros del arte se han empleado por adornar su suntuoso templo, monumento de gratitud erigido á la santidad y á la beneficencia.

Pobres, penitentes, amigos del pueblo, adversarios intrépidos de los tiranos, modelos de bondad y de doctrina, los frailes menores y los predicadores, adquirieron una grande influencia y se hicieron el más sólido apoyo de la santa sede, fueron los hombres de la accion y del movimiento; y en medio de la corrupcion en que todo fluctuaba, solo ellos conservaron energía para oponerse á tan devastador torrente. Los hombres del dia que satirizan estos institutos, no tienen en cuenta mas que su capricho y su mala fé, su mezquina pasion los ciega y hace desconocer virtudes y beneficios que todo el mundo confiesa, virtudes y beneficios que salvaron la humanidad de muchos trabajos, la sociedad de un cataclismo, la civilizacion de su ruina. Pero mientras ellos obran así, el pueblo, el hombre sensato, las almas no contaminadas, y sobre todo los pobres y los oprimidos, echan de menos estas órdenes, donde tantas veces fueron

socorridos, estos frailes que tantas veces enjugaron su llanto, estos conventos que tantas veces mitigaron su angustia. Estos enemigos de mala ley, como nada perdonan combaten los frailes, alabando sus institutos, pero diciendo que el espíritu primitivo habia decaido, y que hoy no eran lo que fueron, ni tampoco necesarios á la sociedad; argumentos falaces que demuestran la mala fé de sus autores, puesto que los frailes no todos habian decaido del espíritu primitivo; y si habia alguno que pagando tributo á la humana flaqueza se desviaba del espíritu de la regla, habia muchos que le seguian en todo su vigor, y unos y otros eran útiles á la sociedad, y unos y otros eran soldados de Cristo, que con todos ejercian la caridad, y unos y otros estendian y propagaban el Evangelio, se oponian al error y á la impiedad, y hacian triunfar la moral, la justicia y la civilizacion.

La Iglesia y el Estado comprendieron la utilidad de estos nuevos operarios, y la Iglesia y el Estado los enriquecieron con privilegios; en todas partes fueron buscados, en todas acatados, en todas respetados; su virtud les atrajo prosélitos, y aquella veneracion que no se adquiere por medios reprobados sino por la santidad y los beneficios; aquella veneracion que les tenian nuestros padres y que nosotros hemos olvidado, acaso seducidos, quizá sin poder dar razon de la causa,

pero que es muy cierto la hemos cambiado en desprecio, la hemos mudado en persecucion, la hemos. . . . No digamos mas, porque seria necesario trazar un cuadro harto triste de la presente generacion, y no queremos ni debemos espresarnos con acrimonia. Conviene, sin embargo, á nuestro escrito manifestar todos los quilates de la calumnia, y lo haremos; rechazar hasta las sombras de la mentira, y lo prometemos; hacer que aparezca pura la conducta de los regulares, y lo verán nuestros lectores; hablamos con esta confianza porque la verdad es una y está apoyada por los hechos, y si Dios nos ayuda, sabremos hacer triunfar la verdad con el auxilio de los hechos, con el apoyo de la historia. Hemos demostrado que fueron una necesidad de su siglo, y por lo mismo útiles en su origen; hemos numerado los beneficios que reportaron á la sociedad, á la Iglesia y á la civilizacion, pero no hemos agotado todas las flores para formar esta corona, aun nos quedan muchas y muy hermosas que recoger, y con ellas y sus bellos matices pensamos esmaltar el fin de nuestro retrato. Nos absuelven de los tiempos pasados y nos acusan del presente; pues bien, en lo primero hemos patentizado que nos hacen justicia, en lo segundo probaremos que nos deprimen, y por fin demostraremos que los frailes fueron siempre lo que debian, que no desdijeron de su instituto, que no desmerecieron las atenciones, el

respeto y la veneracion de la sociedad, que la humanidad y la civilizacion eran, como fueron sus objetos queridos, por los que se sacrificaban, como se habian sacrificado; porque ellos nunca han olvidado que defender la humanidad y estender el Evangelio, que es la verdadera civilizacion, era el deber que impuso el Señor á sus apóstoles, y en ellos á todo el clero.

Cuanto acabamos de decir, lo demostraremos al fin del siguiente capítulo: en éste hemos manifestado su regla y su espíritu, y el modo como observaron aquella y cumplieron con éste; en el que sigue demostraremos que ni desdecian de la primera ni decayeron del segundo, que al tiempo de su estincion eran tan útiles como al principio de su fundacion, tan necesarios como cuando aparecieron, y prestaron á la humanidad los mismos servicios, hicieron por la sociedad los mismos esfuerzos, y acudieron siempre en defensa de la civilizacion, contribuyendo á la encumbracion de las artes, á la prosperidad del comercio, al esclarecimiento de las ciencias, al apogeo de la agricultura y de la industria. Nosotros quisiéramos que hablasen los soberanos, nosotros quisiéramos que hablasen los grandes y poderosos, y estamos seguros que ninguno acusará á los frailes de un mal consejo, ninguno de una mala sugestion; ninguno dirá que prostituyendo su deber y su ministerio han cambiado la virtud por la adulacion ni la ver-

dad por la injusticia, ni por la lisonja la religion; siempre dirán que hallaron en ellos palabras de caridad, siempre palabras de amor, siempre palabras de perdon y de consuelo; siempre dirán que los hallaron de parte del débil; siempre abogando por el pobre, siempre intercediendo por el oprimido.

Sus enemigos los llaman sin embargo crueles, sanguinarios, fautores del despotismo, y hasta amigos de la tiranía y enemigos de la libertad, y confesamos de buena fé que no acertamos la causa por qué así se los acusa, y que para responder necesitaríamos que ellos presentasen hechos en corroboracion de su aserto; entonces veriamos si eran ó no justos, y responderiamos á los cargos; mientras esto no se haga andamos á tientas, y no podemos contestar acertadamente y como quisiéramos, como acostumbramos hacer para que no se nos responda. Sin embargo, en este laberinto de acusaciones gratuitas debe haber algun motivo aparente, y nosotros creemos vislumbrarle y nos parece hallarle en esa firmeza con que los regulares han defendido el principio de autoridad enseñado en el Evangelio y combatido por las disolventes doctrinas de nuestro siglo: si así es, nos damos el parabien, porque siempre prueba nuestro amor á la sociedad, nuestro desvelo por la civilizacion y nuestros sacrificios por la humanidad; puesto que sin conocer el principio de autoridad

no hay gobierno, y donde este falta reina la anarquía; y como este monstruo sea el mayor enemigo de tan caros objetos, en razon á que la paz no es compatible con él, y donde la paz no existe la humanidad padece, la civilizacion sufre retraso, y la sociedad se disloca.

Otra causa puede muy bien influir en el odio que se tiene á los regulares y que se desahoga en los dictérios; y esta es que como los soberanos y gobernantes han mirado en ellos el gran motor de la felicidad de sus pueblos, los han protegido y dispensado las atenciones que su dignidad, su ministerio y los servicios que le prestaban merecian, y como la envidia todo lo emponzoña, y la maledicencia todo lo tergiversa, de aquí ha resultado que los han calificado de agentes del poder, y como á los reyes los llaman tiranos; por esto sin duda llaman á los frailes los fautores de la tiranía, los amigos del despotismo, porque traduciendo los revolucionarios las palabras *gobierno de los reyes* por estas: *gobierno de los déspotas*, necesariamente debian calificarse como ejército del despotismo los frailes, que acostumbrados á leer en el Evangelio, *obedeced á los príncipes*, los obedecian y predicaban su obediencia á los pueblos, como era de su obligacion. Tambien creemos nos llaman enemigos de la libertad por otra falta de buen sentido: ya sabemos que nuestros benditos adversarios confunden la libertad con el libertina-

je: la primera la hubo siempre en nuestra patria, porque siempre hubo leyes que contenian el poder, lo segundo es obra de su tiempo; los frailes fueron, son y serán tan amigos de aquella como enemigos de éste; y como hablando propiamente en España hubo pocos reyes que no respetasen la ley, y si los hubo los frailes los inclinaban á ello, de aquí resulta que los frailes se inclinaban á proteger los derechos de los reyes, que son la verdadera libertad de los pueblos, porque están basados en la ley, sin la cual no hay garantías sociales ni libertad posible; y por lo mismo combaten el libertinaje, que es el monstruo mas perjudicial y nocivo para la sociedad, en lo cual, como en todo, prestan un señalado servicio á la humanidad y á la civilizacion, y con lo cual, á no dudarlo, manifiestan que son verdaderos liberales y que calzan en materia de libertad tantos grados á sus contrarios y acusadores, como éstos á los frailes en materia de libertinaje, intolerancia y desenfreno.

No tienen los enemigos del clero regular que cansarse; para combatirle, para desvirtuarle es necesario que aprendan otros caminos que los de la calumnia, y otros medios que los del sarcasmo; estas armas están ya gastadas; la primera, porque el tiempo y los desengaños han venido á ponerla de manifiesto, y despojándola de los avíos de su lubricidad, presentarla en toda su hediondez, y el

segundo porque los sarcasmos tienen su tiempo y este pasó; alucinan porque gustan, y agradan porque hieren la reputacion, y esto deleita á la humana flaqueza, pero como nada sólido contienen, pasado el momento de la impresion se desvanece como las ilusiones de un amor criminal, quedando por huellas el dolor en el corazon, y los remordimientos en el alma; dolor y remordimientos que traen consigo el arrepentimiento del pecado, y la detestacion del deleite; y por lo mismo que ya el pueblo ha conocido la injusticia de la calumnia y la iniquidad del sarcasmo, por lo mismo que no haya en él ridículo sino pedantería y mala fé, por lo mismo desprecia á sus autores, desoye sus voces, y se convierte arrepentido á los frailes que nunca le engañaron, que jamas le rompieron, que no comerciaron con su credulidad, ni esplotaron sus creencias, ni los precipitaron al mal; por eso el pueblo se convierte á los frailes, recordando los dias de su dominacion, y aquella paz que bajo su influencia gozaron, y aquella felicidad que sonreia la nacion cuando ellos eran los que dirigian los soberanos, y marchaban al frente de los pueblos guiando la humanidad, y haciendo progresar la civilizacion, prosperar las artes y las ciencias, y florecer la agricultura y el comercio. Poco mas de medio siglo hace que dominan los sabios el mundo, poco mas de medio siglo há que los soberanos apenas oyen los consejos de los frai-

les, y dejando á un lado los demas paises, concretándome solo á nuestra patria me atreveria á preguntar á los modernos filósofos, á esos genios privilegiados, á esos políticos profundos: ¿Qué habeis hecho de la España de los frailes? ¿dónde está aquella reina hermosa, cuya faz contemplaba continuamente el sol, sin atreverse á dejar de iluminarla? Estended un mapa de la España de los frailes, y comparadla con la vuestra, y así conoceréis los males que habeis causado á la patria; allí veréis que no existen para España aquellas Américas tan codiciadas, y que tan célebre la hicieron; allí veréis que su poder marítimo concluyó; allí veréis pobre, aquella reina del oro y de la plata del Potosí; allí veréis que tan grande, respetada y temida como era bajo la influencia de los frailes, es hoy despreciada, pobre, pequeña y abatida; estos cargos no tienen respuesta, y por mas vueltas que les deis, siempre teneis que convenir, porque así lo teneis reconocido, que las Américas no se hubieran perdido si las hubieran gobernado los frailes, y porque así lo teneis reconocido no los habeis quitado de las posesiones que aun nos quedan como recuerdo de aquella gloriosa época, y si los hubierais desterrado del Asia, es bien seguro que aquellas posesiones hoy no se contarían en el número de los dominios españoles. Sentemos, pues, por conclusion, que los frailes han hecho mas beneficios que vosotros á la

sociedad y á la civilizacion, á la Iglesia y al Estado; que fueron necesarios en la época en que aparecieron; que eran necesarios cuando fueron espulsados de sus conventos, y que la necesidad hará reclamarlos, porque nadie puede sustituirlos ni hacer por la humanidad y las almas los sacrificios que ellos hicieron; puesto que de los filósofos solo se puede esperar egoismo, depravacion y miseria, perversion de las costumbres y olvido de toda buena obra, de toda accion heroica, de toda virtud.

## CAPITULO IV.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO, MISIONEROS,  
HEREJIAS, LA CENSURA, LA INQUISICION, ULTIMOS  
ESFUERZOS DEL CLERO EN FAVOR DE LA  
CIVILIZACION Y DE LA HUMANIDAD.

El curso de nuestro trabajo toca á su fin; estamos en el término de nuestro camino; avanzamos á la conclusion de nuestra obra, y los sucesos se agolpan, se precipitan y nos arrebatan con su movimiento. Grandes cosas nos restan que hacer; instituciones altamente combatidas por el siglo, vamos á defender; quiera Dios iluminarnos con su gracia, sin la cual nada podemos, con la cual todo lo esperamos. Suya es la causa, confiemos en el triunfo, que si él está de nuestra parte, ¿quién nos vencerá? Nadie, y mucho menos la impiedad